

LAPALABRA

YELHOMBRE • REVISTA DE LA UNIVERSIDAD VERACRUZANA

Maximiliano Sauza Durán

“Carta de Pigmalión a Galatea”

La Palabra y el Hombre. Revista de la Universidad Veracruzana
Número 66, octubre-diciembre de 2023, pp. 26-30.

ISSN: 01855727

Xalapa, Veracruz, México



Universidad Veracruzana
Dirección Editorial

La Palabra y el Hombre. Revista de la Universidad Veracruzana
Lic. Benigno de Nogueira Iriarte Núm. 7, Col. Centro, C.P. 91 000
Xalapa, Veracruz, México
Tel. 8 42 17 00 / ext. 17 820

Carta de Pigmalión a Galatea

Maximiliano Sauza Durán

Le dije que tenías un ojo de un color y otro del mismo y que los dos eran azules como si se hubieran puesto de acuerdo.

FERNANDO DEL PASO

No te he contado, porque nunca te cuento nada, que el azul es mi color favorito. Tampoco te he contado, porque apenas te conozco, que alguna vez me enamoré de una muchacha de ojos color de miel cuajada, color de ámbar duro diluido en una nube de agua de Jamaica. Tampoco te he contado de las otras tantas muchachas de las que me he enamorado: las de ojos vítreos y fríos, cristalinos tibios, límpidos cálidos y crisálidos opacos, o las de ojitos pizpiretos y temblorosos por gordas cascadas de sodio. Pero yo, a pesar de mis ojos de niño cándido, a pesar de que mis ojos no tienen mayor chiste pues son del más mezquino matiz ocular posible, te confieso aquí y ahora que tú eres la primera que me enamora ganando la contienda por llevar el azul clavado en la cara. Un azul dividido en dos cupulitas gemelas dimidiadas por una barranca respingada y alzadas por unos pómulos que enrojecen cuando el sol los asedia. Y yo, que no tengo de ti sino tres tristes fotos, veo en ellas tus ojos y navego en la leyenda que te invento y en el mar que mirándote me mira. Pero no me miras ni me has mirado nunca,

Qué membrana del iris tendrías que remover para que algo asombroso pudiera entremeterse en esos ojos azules, azulados, azulosos, adjetivos criticados creo que por Borges y que aunque vengan del árabe (la lengua de Dios) no bastan para definir el color.

porque como no te conozco he tenido que inventarte toda, sacarte de un mármol de aire y tallarte las rodillas con un cincel de adverbios y moldearte las clavículas con gradinas de adjetivos y esculpirte las encías con uñetas de sintaxis y grabarte las pupilas con finísimos punteros de gramática; inventarte, además, valiéndome de la imagen más trillada de este mundo y con su zarpa de metáforas más gastadas de la historia; inventarte como los mayas inventaron el cero: partiendo de la nada; inventarte una voz e inventarte los lunares y dispersártelos en la espalda y en los hombros y en los muslos como Dios me dio a entender; imaginarte las manos con dedos largos, la miriada de tus castaños hilos, tus omóplatos partidos como dos charolas de naranja, e imagino lo alta que eres y lo flaca que estás; inventarte, pues, como más y mejor me dé la gana. Y me pregunto si yo despertaré en ti lo mismo: esa curiosidad, esa imaginación, porque si

no despertamos la imaginación, ¿entonces qué? Y me pregunto qué dirás tú de la foto que no te he dado, qué imagen de mí te has hecho o si tan siquiera te rondará por la cabeza o te rumiará en la mente la posibilidad de que acá en Xalapa alguien te piensa allá, en la Ciudad. Y leo lo que una vez me escribiste: qué triste que viva yo tan lejos porque tienes ganas

de que vayamos a caminar; mas yo en ese momento te hubiera enviado todas mis avenidas frecuentadas y todos mis callejones preferidos y todos los empedrados que recorro y todas las esquinas en las que ebrio orino. Te hubiera enviado todo el parque de Los Berros o la cascada de Teocelo o los ríos de Xico con tal de que me dijeras ven, camínalos conmigo. Pero no, qué vas a andarte imaginando esas cosas, en tus ojos azules no hay lugar para el asombro, porque de ser así dónde lo pondrías, qué membrana del iris tendrías que remover para que algo asombroso pudiera entremeterse en esos ojos azules, azulados, azulosos, adjetivos criticados creo que por Borges y que aunque vengan del árabe (la lengua de Dios) no bastan para definir el color, pues el color no está en las cosas sino en los ojos de quien las mira, o algo así leí en un cuento de Emilia Pardo Bazán, quien de azul no tenía nada, y a veces hasta pienso que una pala-

bra tan sonora y con la que uno puede recrearse plásticamente –se siente entre los dientes el salpudido de las letras cuando pronunciamos que azul es un color– no sirve para definir a tantas cosas tan variadas: azul ya sé que es el cielo y ya sabemos que azul es la mar, ya sabemos que hay azules que se caen de morados, y sabemos que hay flores azules y azules son ciertas ranas amazónicas y algunas mariposas mexicanas y hasta azul es un órgano de nuestro cuerpo que no me preguntes dónde queda; es más, hasta en la imagen mental pensamos al agua azul, aunque esta sea incolora, inodora e insípida, y esté formada por dos átomos de hidrógeno y un átomo de oxígeno, y te aseguro, créeme muchacha ojiazul de labios de granada, que si los juntamos en un laboratorio microscópico veremos cómo azul nace una partícula primigenia. ¿Con qué otro color si no con el azul iban a ser distribuidas las cosas más inmensas y hermosas del mundo?, ¿con qué otro color te iba a escribir esta carta si no con tinta azul, para que se te apachurren mis palabras en la mirada y te apapache la vista cuando la lees? Y sin embargo, leo asombrado (en mis ojos sí cabe el asombro) que muchas lenguas indoamericanas no distinguen el azul del verde, así que verde-azul es la turquesa y azul verdoso el chalcíhuítl, y azul-azul es la mar de Lakam Ha y verde-verde es la selva del Petén, pero esto no podría decírtelo en aquellas lenguas; y porque el cielo y la mar y los ríos y las ranas amazónicas y las mariposas mexicanas y un órgano perdido en la tormenta de nuestro cuerpo y ciertas flores del jardín y algunos morados modorros y hasta la tinta de mi pluma son azules, así también deben serlo tus ojos que están como desprendidos de todo aquello, tus ojos



Yumali Torres: *Flor de romero*

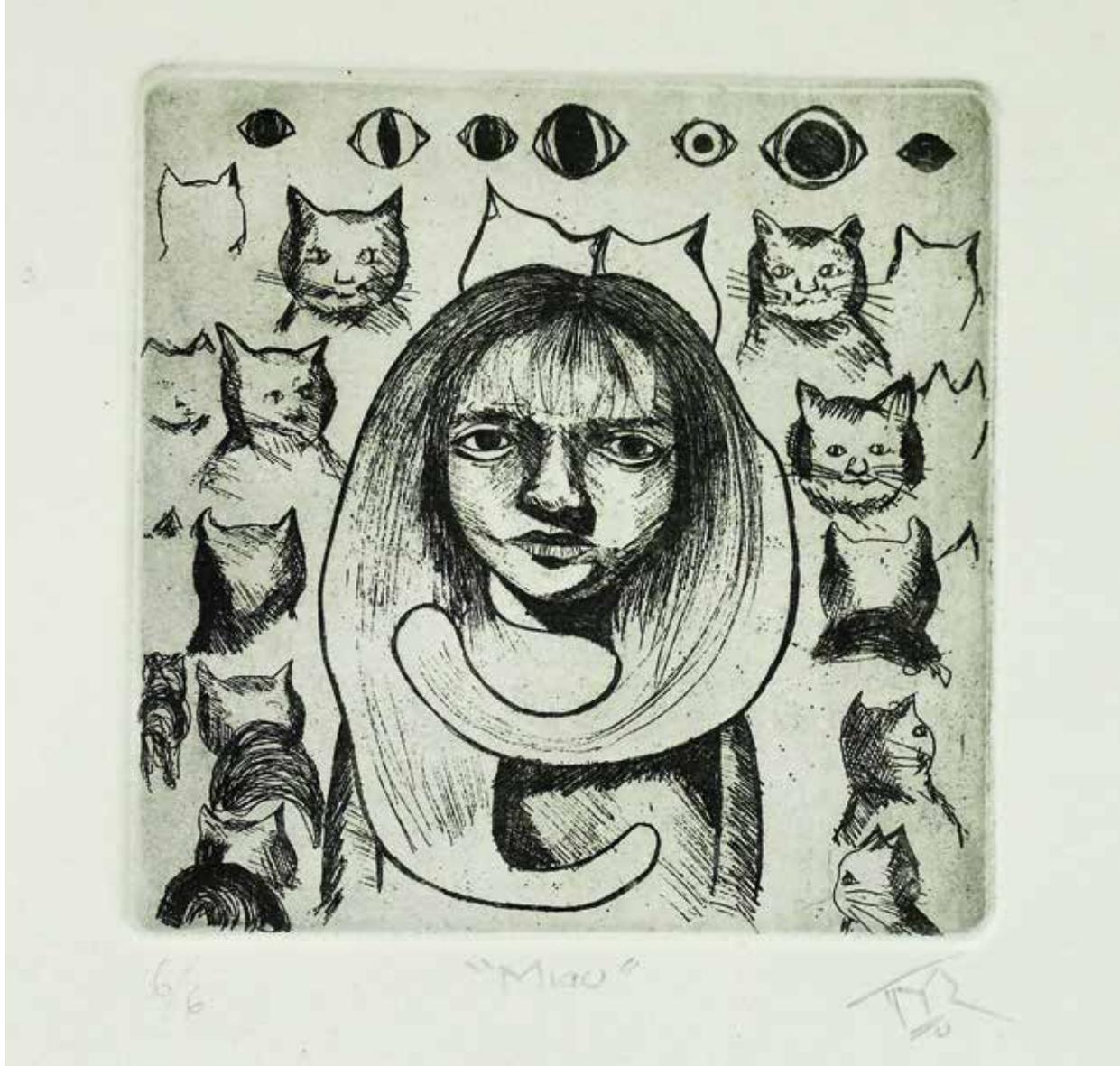
con iris grises en declive, tus ojos vertidos en una retina de salamandra nerviosa, tus ojos con pupilas de licor arrinconado en una jícara de jadeíta olmeca. Luego me pregunto qué pájaros en los párpados te vuelan o qué ballenas merodean en la hondura de tus ópticos nervios. Pero mira, si hasta en nuestra lengua, que es analítica y aislante y le da por separar las palabras a cada rato y es la hermana malvada o la prima fea de la aglutinación, hasta esta lengua que como señaló Antonio de Nebrija acompañó al Imperio y desplazó a decenas o cientos o miles de otras lenguas con todo y sus variantes y dialectos, hasta esta lengua destructora es capaz

de edificar palabras como *ojiazul*. Ojiazul monóculo es el tridente de Neptuno y ojiazul plateada es la cóncava noche que tiene a la Luna por pupila de porcelana china. Ojiazul es la cuenca de México ofuscada por su metrópolis de concreto. Y ojiazul quizás era Polifemo a quien Nadie dejó ciego. Ojiazules son siempre los mejores personajes de la literatura o al menos ojiazules me imagino a Natasha Rostova y a Konstantin Levin. Ojiazul también fuiste tú, a quien nunca he visto cara a cara, y solo puedo imaginar a través de tres tristes fotos y trescientas treinta y tantas palabras. Ojiazul tú en los marcos de la llama fría. Ojiazules los aglutinantes vaive-

nes de clarosucos centrfugos y zigzagueantes. Y por supuesto, muchacha ojiazul que labro con palabras, nomás por tus ojos azules azulados azures y azulosos quiero inventarnos un cuento redondo, una escena en un acto, un escenario perplejo y una novela enteramente lacrimógena y somnifera; inventarnos un día huérfaño de mañanas y viudo de ayeres, un amanecer habitable solo por ti y por mí, un viaje al claro de luna o al alba de tu nombre con boletos solo de ida; un viernes por la tarde en que me preguntes qué quieres que hagamos y yo te res-

ponda nademos y me digas dónde quieres que nademos y yo te responda pues en ti, déjame chapotear en tu mirada y si se puede déjame zambullirme de un clavado en los cenotes recíprocos, y luego intentaré ahogarme nomás para que acudas con tus ojos, tus bellísimos ojos azules azulosos azures y azulados bien abiertos, a rescatarme, y me des respiración de retina a retina, y me des aliento de canicas a pupilas, y me des una muerte digna de córnea a iris, y que luego me digas ay casi te me mueres de mirarme y yo te responda pues cómo no iba a aho-

garme en esa mirada en la que si me acerco quepo todo entero, “esto es amor, quien lo probó lo sabe”, y cómo no iba a querer que me salvaras si tú eres quien me mata y cómo no iba a invocar al genio de mi lámpara turquesa en la verdiazul noche de mi Arabia, si lo único que quiero es que luego te lanzaras sobre mí para que platicáramos de todo lo que en tus cartas me dices que te gusta y de todo lo que escribes y me mandas para que lea tus columnas, artículos y reseñas, porque, como crees que soy escritor, podría darte algún comentario que



Yumali Torres: *Miau*

en realidad no necesitas, o facilitarte un consejo que nunca pides, u ofrecerte una opinión que seguramente no te importa. ¿Y sabes qué más me invento? Me invento que te pones a platicarme tus lecturas con esa vocecilla límpida que mis roncós tímpanos sueñan que tienes, y me platicas de las tantas aventuras con tus amores de primera, segunda y tercera mano, y te conjugo los amores en yo tú él nosotros ustedes ellos usando todos los tiempos verbales para que no te aburras y nunca te me achicopales: yo te ojo tú te ojaste él te ojará nosotros te ojamós ustedes te ojabán ellos te ojarían. Me pongo pues a imaginar que quizá yo figuro como tema de esas conversaciones tuyas, y me imagino cómo hubiéramos sido de niños; cómo fue que te vi por vez primera e imagino que te hubiera dicho eres la primera ojiazul de la que me enamoro, y hubiera adorado el azul clavado en esa cara tuya de fragata con velas izadas; e imagino cómo hubiéramos crecido cuales primos o cómo yo te hubiera molestado jalándote las trenzas, o poniéndote apodosos pendejos y que de todas formas no hubiera importado, porque nos pondríamos a jugar, jugar a los trompos índigos o las escondidas celestes, jugar a la gallinita ciega pero con ojos de zafiro coagulado o a ponerle la cola añil al burro cobalto, porque estaríamos, niña ojiazul, enamorados. Y pienso que, si hubiéramos crecido juntos, tú siendo un poco mayor que yo, y si hubiéramos sido primos o vecinos o amigos (que en estos lares vienen siendo casi siempre lo mismo), pienso, muchacha, que le daríamos la razón a Tolstói: *le cousinage est un dangereux voisinage, n'est-ce pas?*, es decir, que los primos son peligrosos vecinos, ¿o no? Y te imagino poniéndote más y más guapa en la preparatoria y

Me pongo pues a imaginar que quizá yo figuro como tema de esas conversaciones tuyas, y me imagino cómo hubiéramos sido de niños; cómo fue que te vi por vez primera e imagino que te hubiera dicho eres la primera ojiazul de la que me enamoro.

yo todo enclenque y sin mayor atributo que esta cara bobalicona y este amor que ya llegó muy tarde pero ten de todos modos, pues quiero jugar contigo ya que son tus azules ojos canicas con que juego a las miradas. Y retornando de la digresión y volviendo al asunto, imagino que le escribes a tu mejor amiga y le platicas de mí o vas a casa del novio que no sé si tienes y cuando te aburras de él te pones a escribir sobre mí, a inventarme mis propios ojos de niño cándido, o cuando te aburras de nuestra esporádica correspondencia te dedicas a ser amada por alguien distinto o parecido o igual a alguien a quien nunca le veré el rostro ni le pediré un cigarro ni compartiremos nada sino un mismo idilio silencioso, porque los hombres, cuando no nos perdemos en laberintos femeninos, nos recargamos en barandales de neblina, nos apoyamos en paredes de ponzoña. Te imagino coqueteándole a hombres que te llevan más de veinte años y te llevan y traen en lustrosos coches azules o regodeada entre halagos y lisonjas de muchachitos a los que les ganas por diez y con actitud de guapos te invitan a andar en bicicletas lapislázuli por los jardines de Chapultepec, y aun así me pongo a vivir el idilio que no me ofreciste pero que de todos modos aquí te dejo. Y también pienso, muchacha ojiazul, que en realidad soy yo a quien

buscas y a quien te niegas a encontrar teniéndolo ya allí, vestido y alborotado como novio de rancho, dispuesto a platicar en serio contigo, dispuesto a que me cuentes qué piensas hacer de tu vida antes de que te fueras, o adónde quieres ir para nunca regresar, o que me digas de pronto, vámonos a Egipto, o metamorfoseémonos en salsa y yedra, en fuente y en bestia, en tierra en humo en sombra en polvo en nada; y que seamos como la Paloma y el Príncipe Feliz, o que me confieses que has puesto mi nombre en un cuaderno secreto o que tengo ya quizás un pseudónimo íntimo, un nombre en clave para que nadie lo vea, un heterónimo que me identifica o un apodo para hablar con quienes sean que hables, o simplemente un nombre para que tú, solo tú, muchacha ojiazul con nombre de alba, cuando releas lo que escribiste, en ese hipotético tejer y destejer nombres en fingidos cuadernos, solo tú entiendas que de quien hablas soy yo, este que te escribe sin que lo sepas, éste que anda sin prisas a tientas de cuclillas y sin nada; este que no sabe si seguirá los vientos boreales o contra el levante o acosando el siroco o a expensas del ostro; este que te escribe sonetos mancos y romances cojos y te rima a la barroca ojos con despojos y estrellas con luces bellas; este que te dice quiero irme contigo a la China en una

Sí, a lo mejor ya tengo nombre; sí, a lo mejor soy Jim en tus libretas y a lo mejor tú eres Leonor en las mías; y me esperas en un hotel, un hotel cualquiera de Viena, Praga, El Cairo, Pekín o París, y me dices que te duelen mucho nuestras separaciones y yo finjo no conocerte y jugamos a ese juego mío de cambiarnos los nombres

barca solo para nosotros dos. Sí, a lo mejor ya tengo nombre; sí, a lo mejor soy Jim en tus libretas y a lo mejor tú eres Leonor en las mías; y me esperas en un hotel, un hotel cualquiera de Viena, Praga, El Cairo, Pekín o París, y me dices que te duelen mucho nuestras separaciones y yo finjo no conocerte y jugamos a ese juego mío de cambiarnos los nombres, y prolongamos nuestros azules encuentros y hablamos de las mismas cosas de siempre: las que no hemos vivido, las que he tenido que inventarnos para ver si se te antoja vivirlas, las que papalotean en un río de mariposas sublunares, las que usaríamos para decorar la casa que nos imagino: ¿dónde la quieres?, sí, comprémosla en Morelia o en Oaxaca, y ornémosla con azulejos y la azotamos de azafrán y la azoramos de lapislázuli y la asumimos como el centro de un mundo solo nuestro; y sí, por supuesto, la pintaremos toda de azul; y todavía más: le pondremos nuestros apellidos en el escudo de la entrada y lo mandaremos labrar en un mármol con letras de ónix u obsidiana, y colocaremos en la heráldica

nuestros nombres con el azul con que confabula tu cara. Y si quieres nos compramos otras casas: una en Tlacotalpan para oír *El Danubio azul* durante el invierno y decir ah la... deberíamos irnos a Naolinco, y ya teniendo nuestra otra casa en Naolinco podríamos escuchar las canciones de Agustín Lara y decirnos hójole, extraño tanto Tlacotalpan. Así es como imagino que nos la pasaríamos: escribiendo e inventándonos otros colores, todos los que quieras, todos los que se te ocurran, todos los que se te antojen, y usaremos esos colores para ilustrar nuestra vida, y te pondré un jarro con orquídeas azules para que te tengan envidia, para que duren más tiempo con tal de competir con el ángel que las hidrata día con día, para que le des cátedras de azul a las hortensias y siembres el azul de la fruición en los acianos y le plantes azul melancolía a los hibiscos; y que cuando salgamos a la calle, a pasear por las avenidas y callejones y parques que te prometí, la gente diga ah mira allá van Leonor y Jim, o Pigmalión y Galatea, Hélène y Pierre, o el muchacho de

ojos cándidos y la muchacha con nombre de aurora, la muchacha con nombre del verbo amanecer, o seamos quienes seamos, pues quizá valga creer en la metempsi-cosis –o metemsomatosis– y nuestras almas viajen de cuerpo en cuerpo, partiendo en búsqueda de un nuevo amigable huésped cada vez que muramos, y quizás estos cuerpos sean menos cárceles que los anteriores, menos cárceles y más bosque, menos cárceles y más río de mariposas, en fin, y que cada vez que reen-carnemos terminemos comprando las mismas casas y que los vecinos al vernos digan ¡válgame, qué guapos son!, y que sean testigos de cómo llenamos la casa de perros y de niños, lo que venga primero, todo menos gatos, y por supuesto compartamos el mismo cenicero aunque tengamos demasiados en todas las habitaciones y en todos los pasillos y en todos los patios de todas las casas de todas las ciudades de todos los países adonde nos iremos a vivir, y hasta tendríamos horarios y rutinas irrompibles para que no te olvides nunca de mirarme con tus ojos azules azulados azures y azulosos y me recuerdes el día en que casi me ahogo en el cenote recíproco de tu mirada para luego salvarme mirándome a los ojos bien abiertos y diciéndome, con esa voz que te invento, que sí, que todo es azul, mi color favorito.

LPyH

Maximiliano Sauza Durán (Querétaro, Qro., 1993) es arqueólogo y maestro en Literatura Mexicana por la UV. Premio Latinoamericano de Primera Novela Sergio Galindo 2020 con *Los dioses que huyeron*.